

# SEGUIR A CRISTO EN POBREZA

---

Tony Herbert

**T**ony Herbert nació en Sydney, Australia, estudió con los Hermanos Cristianos (Irish Christian Brothers), y con los Jesuitas. Al terminar sus estudios de media entró en la Compañía de Jesús, y en Melbourne hizo el Noviciado y la Filosofía. Fue destinado a la Región de Hazaribag, India, donde llegó en 1965. Terminado el magisterio, en San Javier de Hazaribag, estudió lengua Hindi y otras materias universitarias, y fue al Colegio St Mary de Kurseong para hacer teología. Más tarde fue enviado a Vidya Jyoti, Nueva Delhi. Después de la ordenación sacerdotal fue destinado a San Javier, y después a la parroquia, de Hazaribag. El tercer año lo hizo en Sitagarha. Durante la tercera probación eligió trabajar con los Dalits del distrito de Hazaribag, y después estuvo diez años viviendo y trabajando con las comunidades Dalits de las aldeas. En 1991 dedicó un año sabático a estudiar en el Instituto de Ciencias de la Conducta en Ahmedabad, Gujerat. A su vuelta comenzó, con otros jesuitas, el Centro de Recursos Prerana, en Hazaribag, que tiene por fin fortalecer el apostolado entre los Dalits. Actualmente es el Coordinador de ese Centro.

## *NARRACIÓN*

Mi destino a la India lo recibí con dudas. ¿Cómo era la India? ¿Era yo la persona adecuada para ir allá? Hacia allí partí con el idealismo de un joven jesuita, y el espíritu de aventuras propio de la juventud. El viaje, (dos semanas en barco), era literalmente un viaje a otro mundo, que parecía acentuar el simbolismo de lo que dejaba atrás— ¿juventud, familia, todo un mundo? ¿quemaba mis naves? —. Era hacer realidad un compromiso aceptado de antemano. Años más tarde comprendí cuánta libertad me dio ese compromiso.

También años más tarde sentí lo violento que había resultado para mis padres. En aquellos días los sentimientos no figuraban en nuestra agenda.

*Después de un período para aclimatarme fui enviado a San Javier de Hazaribag, un centro escolar de media con internado. Dos años de magisterio allí, dando clases, supervisando el internado y los deportes, sin mucho tiempo para pensar y reflexionar. Se trataba de una "institución completa", con un programa duro y difícil, que ofrecía amplia posibilidad de mostrar mis cualidades, o la falta de ellas. Aún mantengo amistades que comenzaron aquellos días, pero para mí la India era todavía otro mundo, fuera de las puertas del Centro. Era como si todavía estuviera en Australia.*

Un día apareció una nota en el tablón de anuncios del teólogo: un párroco de un pueblo algo alejado necesitaba cinco teólogos para dar retiros de tres días en diferentes aldeas como preparación de la Navidad. Sufría porque ansiaba ir pero comprendía que eso no era posible. Al fin escribí mi nombre. El párroco, misionero belga de lengua barba, me llevó a su pueblo, me puso en manos del catequista, dijo que volvería en tres días y se fue. Por primera vez en mi experimenté el vacío que después iba a sentir al vivir en las aldeas. Uno se ve desorientado, sin fuerzas, pero saca fuerzas de flaqueza, no las suyas propias que no existen, sino otras quizás más eficaces. El retiro de tres días fue poco menos que un fracaso, pero la gente era paciente y amable, y yo había cruzado un obstáculo importante en mi vida. Al verano siguiente, en la parroquia de Bhurkunda, di una serie de cinco retiros en aldeas, durante cinco semanas.

Después de la ordenación fui enviado de nuevo a San Javier, como lo había sido en el magisterio, pero con más trabajo y responsabilidades. El Centro educativo continuaba siendo un enclave inglés de grado medio muy exigente. Yo ansiaba salir de allí y meterme en la corriente de la vida india. Y también me preguntaba por qué habíamos elegido esta clase social para nuestra trabajo, cuando había mucha más gente que lo necesitaba con urgencia. Al cabo de dos años el Superior mayor prestó atención a mi inquietud y me envió a la parroquia local. Era una oportunidad muy deseada de ministerio pastoral, en comunidades cristianas pequeñas, diseminadas por los alrededores. Había confesiones, especialmente por las tardes, Misas

matutinas, visitas a las familias. Debía expresarme en la lengua local, conocer la vida de las aldeas, y ver de cerca las vidas de la gente ordinaria.

Un día, hacia el fin del segundo año, en la aldea de Jamuari, me quedé sorprendido al reflexionar sobre mi ministerio allí. Aunque siguiera trabajando durante cien años la gente seguiría igual. Aunque yo aprovechaba las fuentes de la vida sacramental cristiana, yo seguía culturalmente siendo un extranjero, sin poner atención a los problemas sociales urgentes. Parecía que el pueblo vivía en dos mundos distintos, el cristiano y el tribal. Y por más que la gente me estimase a mi, sacerdote visitante, estaba claro que yo no era uno de ellos. Comprendí que tenía que asimilarme a una comunidad, aprender su lengua y cultura, y entrar en su propio mundo. En nuestra zona había cuatro principales comunidades: Oraon, Santhal, Munda y Dalits. Después del terceronado, que comenzó enseguida, pedí al Superior Mayor trabajar entre los Dalits, y me lo concedió. Y así, a la edad de cuarenta años, comencé el trabajo que iba ser el principal de toda mi vida.

*Los diez años siguientes lo empleé en recorrer y estar en aldeas, afanándome por ser parte del mundo Dalit. Al comienzo tomé como pretexto ser antropólogo, observando y tomando nota de las fiestas, ritos y costumbres y relaciones entre las gentes. Yo no tenía para esto una preparación especial, pero ya hacía tiempo aprendí que ¡en la Compañía termina uno por hacer aquello para lo que no tiene preparación apropiada.!*

El pueblo esperaba de mi que pusiera en marcha planes y proyectos que les ayudaran en su pobreza. Este “faceta de desarrollo” era la tradición de la iglesia local, y era también la respuesta del gobierno frente a la pobreza de las aldeas. Me negué a seguir ese camino. De hecho cuando me preguntaban “por qué estaba allí”, mi respuesta era “porque quiero estar con vosotros”. Es una frase, pero era ciertamente verdad, yo estaba gozando plenamente de mi vida aldeana entre ellos. Yo terminaría aprendiendo que mientras muchos están deseosos de hacer cosas por ellos desde fuera, pocos están dispuestos, y lo saben ellos mismos, a entrar en un mundo, que califican de “manchado” (impuro). Estar auténticamente alegre entre ellos era ya un mensaje evangélico sin palabras, mucho más eficaz que el trabajo de desarrollo por ellos desde fuera. La importancia de la relación humana sobre la actividad iba a ser para siempre una guía de mi vida.

*Dos cosas que aprendí en esos primeros años*

a. Mientras que el nivel educativo en las comunidades de castas altas era razonablemente elevado, (ya había contribuido a ello durante mi estancia en San Javier), entre la comunidades socialmente bajas el analfabetismo era casi total. Nunca había yo caído en la cuenta de eso.

b. Había una corriente subterránea permanente de violencia contra los Dalits. Se manifestaba de forma física donde quiera que asomaba un asomo de independencia. O en forma de violencia crónica en un sistema feudal, con salarios de hambre, negación de recursos para sobrevivir (tierra, agua, bosques), y trabajo obligatorio. La mayor parte provenía de la clasificación de seres inferiores (intocables), aplicada a ellos por la casta Hindú.

Con el tiempo desplegué gran actividad iniciando centros educativos no reglados, para colocar niños en los hostales de nuestra misión, busqué un grupo de colaboradores entre los habitantes, ayudé en casos judiciales en los tribunales, pero siempre el período inicial de contacto prolongado con los Dalits lo he considerado como crucial para mí.

Me gustaba la vida al aire libre en mis correrías por las aldeas. Solía tomar un autobús local desde Hazaribag (a dos horas), y caminar, o ir en bicicleta de aldea en aldea, según un programa previo comunicado a las gentes, durante nuestras reuniones mensuales. En aquellos días no tenía motocicleta. El viaje en autobús y el caminar llevaban mucho tiempo, eran físicamente cansados y estaban sujetos a los monzones y al calor estival. Pero me ponía al nivel del pueblo, y esto para un extranjero yo pensaba que era importante. Era también la manera de tratar con el pueblo cara a cara, en el camino y en los locales de té. De esas visitas casuales todavía mantengo contactos periódicos con las comunidades Dalits.

*El mundo de los Dalits era (¡todavía lo es) desconocido para mí. Según ellos yo no conocía lo básico de la vida de la aldea, conculcaba con frecuencia sus costumbres, no conocía bien su dialecto, y me calificaban sin duda como torpe e incompetente. Humillación para mí y cómico para ellos. En su mundo mis conocimientos eran inferiores a los suyos, y yo dependía de ellos para todo. Ellos me recibían en sus casas, me ofrecían el alimento, a su manera y a sus tiempos, y yo aprendí a estarles agradecido por todo. Sin pretenderlo era un feliz cambio de*

*papeles en la ecuación de poder, que es normal entre el sacerdote y el pueblo. Las circunstancias de la vida exigían una ascética dolorosa. Y no provenía de motivaciones religiosas, que pueda tener una “persona religiosa”, era simplemente la realidad de la vida de cada día, y con el tiempo me acostumbré a aceptarla de alguna forma, como el pueblo la aceptaba. Pero, para decirlo todo, permitan añada que yo volvía con frecuencia a mi base en San Javier para pasar allí algún tiempo.*

Entrar en el mundo Dalit supone algo más que molestias físicas. El viaje de dos semanas en barco a la India no había borrado mi programación, por así decirlo, de educación urbana, de hombre blanco de clase media. Pero, lentamente a lo largo de los años, las circunstancias me obligaron a cambiar mucho de esa programación. Ya no valían las cosas que yo daba por supuestas en mi mundo anterior. Ahora yo veía ese mundo de forma distinta, ya no era para mí algo absoluto. ¡La gente me enseñó que mucho de ese mundo anterior y de la seguridad que me ofrecía, y yo atesoraba, era en realidad algo sin valor!

*La Fe iba más allá de mi punto de vista religioso cristiano y de sus símbolos*

Esta nueva programación interior incluía mi espiritualidad. La Fe iba más allá de mi punto de vista religioso cristiano y de sus símbolos. Era más bien ver a Dios presente en medio de la oscuridad aparente, de la pobreza cruel, en la amargura de nuestro pueblo, que se veía abandonado una y otra vez. Era la Fe del centurión de Marcos. En situaciones, en las que, hablando humanamente, uno se inclinaría a decir que no hay Dios, era el pueblo quien reafirmaba que si lo hay, que Dios existe. Podríamos entonces preguntarnos ¿quién enseña la fe del Evangelio a quién?

Es más, el pueblo me ha llevado más profundamente al Evangelio, me ha mostrado sus riquezas, de una manera que no lo hicieron mis estudios. Muchas experiencias podría yo citar que me han mostrado a Dios presente en el ambiente público. Esos pueblos marginados son como un moderno Anawim, desnudos, sin las máscaras artificiales y artificios que yo uso, sin los “apuntadores de teatro” que la mayoría de la gente necesita. Esto no es dejarse llevar del romanticismo, o decir que ese pueblo es mejor, porque los pobres pueden ser tan perversos como el que más. Pero existe entre

ellos una sabiduría sin complicaciones, una claridad, una alegría espontánea, que procede de haber sido desposeídos de todo. De esta forma es el pueblo mismo quien despliega gran energía, ellos son los que dan esperanza, y por eso yo necesito todavía volver a ellos.

Me fascinaba su mundo religioso. Debajo de una primera capa de Hinduismo clásico, tan bien documentado, está un mundo subordinado de religión popular. Dedicué tiempo, y todavía lo hago, a participar en sus ritos de iniciación y en sus festivales rituales. A veces en la aldea de Horam, cuando estaba presenciando un rito, con la multitud a mi alrededor tan completamente absortos y entusiasmados, yo me decía a mi mismo: “he hecho tres años de filosofía y cuatro de teología, y sin embargo no tengo la menor idea de lo que está sucediendo aquí”. Esa experiencia tuvo varias consecuencias. Me movió a leer y estudiar y a intentar comprender. Me ayudó a ver que aquí, en la aldea, existía un diálogo religioso, (del cual nosotros comenzábamos a hablar con frecuencia), y que en ese diálogo debían tomar parte no sólo las religiones del pueblo sino también las grandes religiones del mundo. Y al mismo tiempo excluía lo absoluto de nuestra práctica Católico-Romana, que pretendía ser la única religión válida, y el “único sistema de símbolos”, para manifestar el Evangelio.

En mis visitas a las aldeas solía explicar la historia del Evangelio. “Si deseas una nueva vida, debes estar preparado para morir. Jesús es tu modelo. Su Pascua es nada menos que un itinerario para nuestras propias vidas”. En aquellos días solíamos tener reuniones evangélicas de oración, con cantos piadosos. Yo no podía cantar ni una nota siquiera, pero mis colaboradores, después de ensayar con un compañero jesuita, se ocupaban de ello. Mis visitas normalmente se centraban en esas reuniones. Al paso del tiempo algunos grupos pedían el bautismo. Solíamos entonces celebrar la Eucaristía. En esas ocasiones, en medio de nuestra lucha por la justicia, la Eucaristía tenía una significación especial, una celebración por esa lucha. Allí se juntaban miedo y confianza, desamparo y esperanza, al mismo tiempo. Quizás el pueblo no estaba muy atento durante la catequesis, pero en estas ocasiones los símbolos de la Eucaristía, el partir el pan y la participación, tenían una fuerza especial. En una ocasión nuestra Misa fue interrumpida por un terrateniente y sus seguidores, otras veces tiraron piedras a nuestro tejado. Cuando la celebrábamos en una aldea, el grupo entero, sin distinción de bautizados y no bautizados, estaba unido allí presente. Dar la Comunión a los bautizados y no a los demás me parecía un signo negativo. La

integración de estas comunidades con la iglesia local sigue siendo un problema complejo.

Mi interacción con otros sacerdotes y religiosas, que trabajan en la acción social, manifiesta que entre ellos hay una experiencia, demasiado común, de alejamiento respecto a la corriente central de la Iglesia. No entra en los objetivos de este artículo debatir ese tema. Basta decir que yo también lo he experimentado.

Es un resultado de su fuerte identificación con quienes trabajan, y se relaciona con temas como la tensión generada al moverse constantemente entre el mundo de su pueblo y el mundo de su comunidad religiosa (muy diferentes entre sí— ¿cuál es lo real?). Se refiere también a la ignorancia feliz de sus compañeros religiosos (¿su propia familia!) respecto a las duras realidades de la vida en los suburbios, y su resistencia aparente a ponerse en contacto con ella, e incluso a reconocerla. Se refiere al contraste entre nuestra vida cómoda por una parte, y las luchas increíbles de los marginados por otra,— y esto junto a nuestra manifestación de pobreza como compromiso evangélico, mientras que el pueblo vive su pobreza con la sencillez del evangelio. Este lleva a tensiones constantes, incluso a la ira, y es parte de mi historia. Existe la tentación de dejarse llevar de la compasión por sí mismos, y buscar apoyo moral, o también generar una ira oculta. El intercambio con otros compañeros jesuitas fue siempre una gran ayuda y fuente de fortaleza.

*El desvío sentido por los religiosos en la acción social es simplemente la experiencia que es constante en el pueblo. Si vamos al pueblo marginado experimentaremos sin duda alguna su desvío. Por ello no debemos lamentarnos. En los comienzos yo creía que nuestro desvío era un ejercicio para atraer a nuestras comunidades alejadas hacia el buen camino. En la práctica esto significaría encontrar su sitio en una sociedad más amplia, como iguales, quizás aceptarlos en la iglesia local, (incluso con vocaciones entre ellos), en nuestras escuelas, y así recibir el reconocimiento social que merecían. Yo consideraba que mi “salir hacia fuera” era para “traer a otros hacia dentro”. He aprendido que eso no podía ser, porque los poderes que se oponían a ello son demasiado fuertes. Esto no es derrotismo, porque algo sucede, como diremos más adelante.*

Después de diez años solicité un año sabático. Quizás empezaba ya a estar quemado. Un año en el Centro Jesuita de Ciencia de la Conducta, en el Gujerat, era un intermedio precioso y muy oportuno. Allí los estudios se centraban en la psicología propia de los pueblos oprimidos. Para mí la cordial hospitalidad de los jesuitas del Gujerat fue algo muy especial.

A mi vuelta, y con otros jesuitas, fundamos el Centro Prerana. Allí intentamos vigorizar nuestro trabajo en las aldeas Dalit, por medio de campos de entrenamiento dirigidos hacia la psicología particular de los Dalit, con gran énfasis en la formación de su propia organización. No era nuestro objeto proporcionar servicios sociales sino atender a las urgentes necesidades que se agolpaban normalmente en nuestra puerta.

En Prerana, además de nuestro trabajo en las aldeas Dalit, comenzamos una rama legal. En nuestra aldea se presentaba un problema social serio por las repercusiones de la mina de carbón, tanto para el pueblo como para el medio ambiente. De muchas maneras crea un ambiente demoleedor. Sin haberlo planeado de antemano, comenzamos a tratar los temas importantes, en nombre de los afectados, con las Compañías y con el Banco Mundial. Ese aspecto legal suponía trabajar en unión con otros. Había grupos, no conectados con la iglesia, dotados de un alto grado de compromiso y competencia. Era necesario estudiar más y leer más.

Comenzamos con grandes esperanzas, pero pronto nos dimos cuenta de que en nuestro mundo neoliberal ese trabajo legal era semejante al combate de David y Goliat, solamente que aquí quien triunfa es Goliat. Esto resume nuestro problema a una lucha condenada al fracaso.

Tratamos el caso con nuestra comunidad Dalit. Inicialmente teníamos la esperanza de ser capaces de traerlos desde los márgenes al centro de la vida social. Sospeché muy pronto que sería muy dificultoso. Especialmente en temas de justicia social, pronto comprendí que era muy difícil salir airoso, incluso con la ayuda de buenos funcionarios del Estado.

Por consiguiente: ¿Lo dejamos?. ¿Hacemos algo diferente que dé resultados?. ¿Aceptamos que no hay alternativa?. ¿Nos rendimos a la "realidad moderna" actual? Si las posibilidades son tan pocas ¿porqué hacerlo?

Merton escribe sobre hacer algo porque es real.. Está ahí, así que hay que hacerlo, y el resultado es secundario. Sea, pues así. ¿Por qué dedicar nuestros esfuerzos a una comunidad Dalit en vista de la ideología de castas, tan voceada, que lo domina todo? ¿Por qué desafiar al monstruo devorador neo-liberal con ninguna posibilidad de vencerlo? ¿Por que está ahí y hay que hacerlo. Esta es la realidad de nuestro mundo, visto a la luz de la Pascua de Cristo, y nosotros seguimos esa senda.

Así aprendí yo con más profundidad que mi vida de jesuita no era simplemente seguir a Cristo, sino que era seguirle en pobreza. Hay para un jesuita muchas formas de hacerlo, y una de las más genuinas es la solidaridad con los marginados. Es liberador y vivifica, tanto al que da como al que recibe. La Congregación General 34 habla de “comunidades de solidaridad”.

Pero hay más. Hay resultados, pero de forma inesperada. Alguien ha escrito que la experiencia de amar es en si el premio de amar, y no el pago de cualquier otra forma. El amar da como fruto el gozo. Yo gozo en mi trabajo, en mi entrega a las gentes, en el reto de este trabajo sacerdotal. En si todo esto significa mucho.

Además hay que considerar los resultados, el crecimiento de los individuos y de las comunidades en muchos aspectos. El grano de mostaza crece.

*Otro resultado es lo que he aprendido del Reino de Dios a través de los pobres. Ya hice anteriormente mención de esto.*

Y el hecho de encontrar a Dios presente entre los marginados es la razón de mi trabajo. Y la seguridad que da el saber que más allá del horizonte humano sin esperanza, hay esperanza y certeza. Contra toda lógica humana.

Todo esta experiencia ha servido para dar vida a los criterios ignacianos, largo tiempo repetidos. Quizás la base se puso en el noviciado, al leer de manera periódica el Examen (101), que nos dice que debemos “vestirnos de la misma vestidura y librea de Nuestro Señor”. Esto se desarrolla en todos los Ejercicios. Es su don, que excede toda proporción para el que lo recibe, o está dispuesto a responder a él. ¿Qué más podemos decir?.